

será dado (1). Mas ¿así seremos insensatos que escojamos la muerte y el mal, antes que la vida indeficiente que nos da el divino amor?

¡Cuánta grandeza y hermosura descubrimos en el celo de Dios por nuestras almas! Su bondad inmensa descubre todos sus encantos, empleando las riquezas de la gracia para conseguir su objeto: que le entreguemos sin reserva todo el corazón. Y cierto es que jamás nuestra debilidad añadirá siquiera un rayo de luz á los bellos esplendores de su trono, ni su gloria menguará tampoco porque no le amemos. Pero el Señor ha dicho: «Mi gozo será hacerles beneficios» (2). ¿Podiera el hombre negarse á cumplir el gozo del Eterno, ó dejar de ser arrebatado en alas del amor al trono de la majestad, para darle su pequeño y miserable corazón?

Si á más de la bondad de Dios buscamos otra razón por la que Su Majestad exige que le consagraremos todo nuestro afecto, vedla aquí: «Ninguno puede servir á dos señores, porque ó tendrá aversión al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo» (3). Por esto decía Jesucristo: «Haced el árbol bueno y su fruto bueno, ó haced el árbol malo y su fruto malo» (4).

El Apóstol decía también: «¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? O ¿qué parte tiene

(1) *Ecci.*, xv, 18.

(2) *Hierem.*, xxxiii, 41.

(3) *Matth.*, vi, 24.

(4) *Idem*, xii, 33. Maldonat, Menochio.

el fiel con el infiel? O ¿qué concierto el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, según aquello que dice Dios: «Habitaré dentro de ellos, en medio de ellos andaré, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.» Por lo cual, salid vosotros de entre tales gentes, y separaos de ellas, dice el Señor, y no tengáis contacto con la inmundicia, y yo os acogeré y seré vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor omnipotente (1).

A la razón se añade el sentimiento. En otro tiempo el Señor reprendía por sus maldades á Efraim, y le amenazaba con tremendos castigos, porque tenía su corazón dividido entre Dios y los ídolos; mas después agrega estas palabras: «¿Qué haré yo de ti, oh Efraim? ¿Seré yo tu protector, oh Israel? Pues qué, ¿podré yo tratarte como á Adama, ni ponerte como puse á Seboim? ¡Ah! Mis entrañas se conmueven dentro de mí: yo me siento como arrepentido. No dejaré obrar el furor de mi indignación; no me resolveré á destruir á Efraim, porque yo soy Dios y no un hombre» (2).

En verdad que tales expresiones conmueven toda el alma, volviendo al mismo tiempo enteramente inexplicable el celo del divino amor: encantan y arrebatan sus magníficas y asombrosas manifestaciones: ya lo vemos terrible y ardiente y con el rayo abrasador entre sus manos; ya humilde y rendido, indulgente y cariñoso, que nos cuida con tierna providencia y nos defiende y

(1) *II Cor.*, vi, 14, 18.

(2) *Oseea*, xi, 8, 9.

conserva libres de todos los peligros bajo la sombra de sus alas, y disipa nuestros infortunios. «Yo me hice como ayo de Efraim, le llevé en mis brazos.....; yo le atraje hacia mí con vínculos propios de hombres, con vínculos de caridad: yo fui para ellos como quien les aliviaba el yugo que apretaba sus quijadas, y les presenté qué comer» (1). ¡Qué palabras tan tiernas, qué expresiones tan llenas de amor!

Si volvemos los ojos al mundo, todo pasa de muy distinta suerte: vamos en su seguimiento pidiéndole un recuerdo, procurando sus favores y creyéndonos felices si acaso nos manda una sonrisa. ¡Ay dolor, cuán desgraciados é insensatos somos! Vanidad, y no más, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios (2).

Que la piedra, pues, del sepulcro de Jesús cierre nuestro corazón enteramente para vivir tan sólo para Dios.

§ II.

Tiempo ha que hemos dejado á nuestra querida Madre, entregando el santísimo cuerpo del Señor en brazos de José y Nicodemus, para darle honrosa sepultura. Ese tesoro, pues, que halló en Nazaret la Santa Virgen, fué escondido en la tierra;

(1) Osee, XI, 3, 4.

(2) Sap., XIII, 1.

pero Ella no irá corriendo á vender todo lo que tiene para comprar el campo donde está depositado, porque aquel sagrado cuerpo es la única riqueza que posee, y le pertenece más que á nadie: irá á esconderse también, allá en el retiro de su habitación, á llorar su terrible desamparo: vedla, pues, bajando lentamente la fúnebre colina. ¿Quién podrá decirnos cuáles fueron los sentimientos de amargura y duelo que llevaba entonces en el alma? Si alguno puede hacerlo, será tan sólo nuestro amor, que va siguiendo las pisadas de María, la cual, al retirarse del sepulcro, había dejado en él todos sus pensamientos y cuidados.

¿Cómo descendería la tristísima senda del Calvario? Y al entrar en su casa sola, sin Jesús, ¿podría contener su amargo llanto? Entremos, pues, también nosotros en la misma casa, para contemplar unos instantes su amarga soledad.

Lo primero que hace la Reina de los cielos, es dar gracias al Eterno, y bendecir su santo nombre, porque ha cumplido enteramente su adorable voluntad. Jamás hubo resignación tan noble y santa, exceptuando la del Hijo, como ésta de María. ¿Podría el Señor exigirla otra cosa? Era Jesucristo el más amado objeto, el más rico tesoro, todas las delicias, en fin, de la Sagrada Madre; su luz, su vida, su gloria; y con todo, cuando Dios le ha hecho morir delante de sus ojos, María no tiene en sus labios y en su tierno corazón, sino palabras y dulces sentimientos de alabanza y gloria, de amor y sacrificio. Si es muy grande el que le ha pedido Dios, no es costoso, sin embargo, para Ella, pues no siente resistencia ni trabajo al

ofrecerlo: ha estado pronta, y luego ha respondido al querer divino, humilde y generosa.

Si en sus grandes aficciones puede nuestra Reina tener algún consuelo, es porque ha cumplido la voluntad del Padre; y que su Hijo muy amado saldrá inmortal de las sombras del sepulcro, y reinará glorioso en todo el mundo (1).

Su admirable y gran conformidad conservan en el alma de María una paz inalterable: en medio de ella está el Señor, reinando con absoluto y soberano imperio (2). El reino de Dios en el alma de María..... Hé aquí el bello panorama que vamos á contemplar unos instantes. Ese reino de que hablamos consiste en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo (3). Contemplemos por ahora solamente la justicia y la paz que reinan en el alma de María. El Señor es en Ella engrandecido, y la ha colmado de rectitud y de justicia; porque Ella es la verdadera Sión, la ciudad donde se celebran las solemnidades del Eterno, la mansión opulenta donde solamente hace el Señor alarde de su magnificencia; lugar de ríos anchísimos y caudalosos; lugar por el que no pasará barco de remos de ningún enemigo, ni menos lo surcará galera grande de tres órdenes de remos. El cauce de sus ríos será un anchísimo y espacioso canal de dones y goces celestiales (4). ¿Quién puede contemplar el alma de María, tan pura y

(1) Stæ. Birgit., cit. Revel.

(2) Ps. LXXVIII.

(3) Róm., XIV, 17.

(4) Isa., XXXIII, 5, 20, 21.

santa, y engalanada con los bellos resplandores de la justicia original, y las innumerables y santísimas virtudes que atesoró después en su alma, que al mismo instante, admirado, no exclame: Bendita sea la gloria del Señor (1). Esa alma nunca surcada por la nave del pecado, cuyas aguas, siempre cristalinas y en reposo eterno, reflejaron bella y sin mancilla la imagen de Dios mismo (2). «El Señor te dará, decía Isaías, un perpetuo reposo, y llenará tu alma de resplandores de gracias» (3).

El Reino de la justicia. Hemos contemplado en el Calvario las santas y hermosas virtudes de María; su admirable fe, que le descubre la divinidad de Jesucristo, á pesar de la triste y profunda humillación bajo la cual el Señor se halla como sepultado; su esperanza, que no vacila ni un instante en medio del furor de aquella deshecha tempestad; su caridad tan ardiente y elevada para con Dios, á quien entrega la vida de su propio Hijo, y tan tierna y generosa para con los hombres, por cuyo bien y eterna salvación ha consentido en la muerte de Jesús; su firmeza y constancia, la humildad, el silencio, la mansedumbre de su corazón inmaculado, su invencible paciencia, y en fin, todas las demás santísimas virtudes, que al mismo tiempo que descubrían su hermoso resplandor, la dejaban envuelta en una atmósfera de luz y gracia que al hombre no le es dado penetrar.

(1) Ezech., III, II.

(2) Sap., VII, 26. D. August.

(3) LVIII, II.

Cuando ha bajado del sagrado monte, al caer las sombras de la noche, ha recogido en su interior la luz y la gracia de que hablamos; y el silencio, la soledad y la tristeza, es lo único que nos deja al presente contemplar.

El Reino de la paz en el alma de María. La paz es la obra de la justicia, y cultivo de la justicia, el silencio (1). María ha estado con Dios eternamente; pero lo estuvo de una manera singular cuando el cuerpo de Jesús descansaba en el sepulcro. Cerca está el Señor de aquellos que tienen el corazón atribulado (2). Y ¿cuándo nunca más afligida nuestra Reina que en su amarga soledad? Mas la mano del Señor, que la sostiene; su gracia, que la inunda y vivifica, no dejan que su alma sea perturbada ni un instante. En medio de su paz bendice á Dios, y está perfectamente resignada con su adorable y santa voluntad. Cierto es que las olas del dolor por todas partes bañan su triste corazón, y que esas olas se levantan con estruendo terrible y espantoso; mas en todas ellas está la voluntad de Dios, amable y siempre hermosa y pura á los ojos de María, que no quiere perder ni disipar el riquísimo tesoro que contienen los dolores y aflicciones de su amarga soledad; por esto, no despliega sus hermosos labios, ni quiere que disminuya su dolor. Callada está, porque es muy grande el objeto en que se ocupa: Dios (3), cuya voluntad, María, en medio de su

(1) Isa., XXXIII, 17.

(2) Ps. XXXIII, 19.

(3) Thren., III, 28. Rupert., hic. D. Bon. De profec. relig., I, 2, c. 56.

profundísimo silencio, bendice y adora sin descanso; y cual si no le bastase su aflicción presente, la Santa Virgen la engrandece y vuelve más profunda y viva con las tristes reflexiones que la ocupan: porque su silencio no es para con Dios, cuyas grandiosas obras tiene delante de sus ojos: la redención del mundo mediante la muerte de su Hijo, cuyo cuerpo acaba de dejar en el sepulcro. Las sangrientas escenas que hoy mismo ha presenciado en el Calvario, no pueden borrarse de su alma, y antes Ella misma con tristísimo recuerdo las está grabando más profundamente. Si tales escenas, durante la pasión de Jesucristo, pasaron en el Gólgota, hoy, «en la noche de su soledad», por decirlo así, tienen lugar en el corazón de la sensible y afligida Madre: su corazón, hé aquí el Calvario, y en él, á Jesús que se tiende sobre el madero, y permite que sus pies y manos sean pasados con los clavos; y escuchad los fatídicos golpes del martillo, y ved los arroyos de su sangre, y cómo la Víctima divina está sufriendo acerbísimos dolores, y agoniza y muere en medio del más triste abandono; y después de esto, profundas tinieblas envuelven ese corazón inmaculado: desaparece la visión terrible, y María por todas partes busca á su Hijo y no le halla: Jesús está en la tumba, y el corazón de la afligida Madre está en la más profunda y espantosa soledad.

La Esposa de los Cantares, no hallando á su amado, salió á buscarle por las calles y las plazas (1); ¿hará, por ventura, lo mismo la triste y

(1) III, 2.

afligida Madre? Ella no ignora dónde está el cuerpo de Jesús, y vuela su sensible corazón al sepulcro, del que no quiere separarse ni un instante; mas al contemplarle sin vida, amortajado, cubierto de heridas y de sangre, el llanto mana de sus ojos cual de fuentes que no pueden agotarse; su pecho exhala tristísimos gemidos, y María puede exclamar: «Cegáronse mis ojos de tanto llorar; porque no hay reposo alguno hasta que el Señor vuelva desde el cielo su vista y se ponga á mirar las muchas lágrimas que he derramado.... Las aguas de la tribulación descargaron como un diluvio sobre mi cabeza..... Está lejos de mí el consolador que me haga revivir» (1).

Hé aquí la triste situación de nuestra tierna Madre: si penetra en la tumba de Jesús, no halla más que objetos que la llenan de amargura; si viene á refugiarse, como en postrer asilo, en su tierno corazón, en él no encuentra sino una soledad donde se vuelve más profundo y vivo el tormento que devora su alma; y así pasa todo el tiempo que dura en el sepulcro el cuerpo de su Hijo.

¡Oh, Madre inconsolable, que en tu triste soledad padeces la más terrible pena, separada del Señor: ten compasión de tus pobres hijos, que acaso también estemos separados de Jesús! Quiso el Señor que sufrieras la soledad que hemos contemplado, para que tu ternura hacia nosotros fuese más sensible y amorosa. Tú supiste lo que es perder á Dios, estar separados del Señor, y la

(1) Thren., III, 49 et seq; I, 16.

indécible y tristísima congoja que llena el alma en esa situación desventurada. Mas con todo, tu pérdida no es comparable con la nuestra: perdimos á Jesús por nuestra culpa; el remordimiento destroza el corazón; el castigo está sobre nosotros; Tú aumentas el mérito y virtudes cuando lo pierdes; la paz de tu alma no se turba, y en pos de tus pesares tendrás que recibir la recompensa y consuelos inefables del Señor. Madre santa, tierna y compasiva, no permitas que nos separemos del Señor, ni permanezcamos en desgracia suya. Tus lágrimas, tu aficción, tu amarga soledad aboguen por nosotros; preséntalas á Dios, y alcánzanos vivir siempre en la divina gracia.

CAPÍTULO XVII.

JESÚS RESUCITADO.—EL GOZO DE MARÍA.

§ I.



LEGÓ la hora feliz en que volvió de entre los muertos, lleno de hermosura y gloria, el Divino Salvador; hora de triunfo y de alegría, y divina bendición. Durante aquellos tres días que guardó el sepulcro el cuerpo del Señor, estaba oyéndose una voz dulce y melodiosa que decía: «¡Ea, levántate, gloria mía, mi corazón;